

## Capítulo 2

# Las prácticas funerarias en el valle del río Cauca

### 2.1. La muerte en la cosmovisión indígena

Según las fuentes documentales del siglo XVI las comunidades prehispánicas del valle del río Cauca consideraban que el agua y los productos de la tierra eran obra de la naturaleza, pero reverenciaban el astro solar a quien tenían como supremo hacedor de las cosas y de quien recibían la energía necesaria para la supervivencia. En su cosmovisión tanto el mundo de los vivos como de los muertos eran una sola entidad; la energía era una sola y había que mantenerla en equilibrio por lo que ambos mundos se ordenaban para que la obtuvieran y conservaran, colocando las entradas de las casas hacia el oriente y la entrada de las bóvedas de las tumbas en la misma dirección, con el fin de iluminarlas. Las cabezas de los difuntos se orientaban hacia el norte para que en el transcurso del día el sol a su paso colmara los cuerpos de energía (Cieza, 1922; Patiño, 1985; Tovar, 1993; Rodríguez CA, 1992, 2002; Rodríguez, 2005).

Creían que el alma era inmortal y salía del cuerpo una vez muerto para ir a gozar con placer a un reino aparejado para tal ocasión. De aquí la costumbre de enterrar a los señores principales en las partes altas de los cerros, en tumbas bastante profundas con amplias bóvedas que repetían la forma de las casas de los vivos, recordando el útero que les dio vida, y el pozo el cordón umbilical que los unía al mundo exterior. Para su disfrute colocaban como ajuar vasijas con alimentos y bebidas, adornos que habían usado en la guerra (ricas piezas de oro, coronas para sus cabezas, gruesos brazaletes para las muñecas, caricuríes), armas (dardos, lanzas, macanas de palma negra y de otro palo blanco recio) plumajes y otros menesteres. También se tenía como grandeza enterrar a sus pies las mujeres más preciadas y bellas que tuvo en vida, al igual que algunos sirvientes, a quienes emborrachaban previamente hasta perder el sentido. Todo esto era símbolo de grandeza y para imitar a los difuntos prin-

cipales cuyas almas decían que veían, y a quienes también era menester el oro y las mujeres.

Los cuerpos eran colocados en hamacas y sometidos al fuego hasta quedar secos, unos más cremados que otros; en algunas partes se extraían la grasa y sanguaza del cadáver con fines rituales. Después que estaba seco lo envolvían en mantas que llegaban a medir hasta tres varas de largo por dos de ancho. Sin enterrarlo lo tenían así durante algún tiempo. Una vez bien secados eran colocados dentro de parihuelas en las sepulturas excavadas dentro de las casas.

Durante la ceremonia mortuoria los parientes, de día y de noche durante varios días, lloraban, bebían sin cesar gran cantidad de chicha, comían maíz, carne o pescado en el piso, sin manteles, cantando y recordando las cosas del pasado, bailando asidos de las manos hombres y mujeres. Todo el día estaban cantando y bebiendo trayendo siempre el vaso con chicha en la mano, hasta quedar muy embriagados. En algunas partes se introducía desde arriba de la tumba una guadua hueca para verterle chicha al difunto.

Los señores principales tenían plazas rodeadas de hileras de guadua para realizar sacrificios humanos con que veneraban a sus dioses. En la parte alta de los tablados colocaban, en señal de grandeza, las cabezas y cuerpos de sus víctimas, guerreros capturados en las contiendas, consumidos al parecer de los cronistas, pues la carne humana representaba el más exquisito manjar de los dioses, dadores de energía vital.

El descubrimiento de las tumbas con estas características es una labor muy complicada ya que los mismos conquistadores se dieron a la tarea de saquearlas, obligando a los indígenas a señalar su ubicación so pena de muerte pues sabían de la suntuosidad y riqueza de ajuar de estos enterramientos. No obstante existen excepciones para los períodos tempranos pues en Malagana, Palmira, se localizaron suntuosas tumbas con vistosas piezas orfebres dentro de un yacimiento de hace dos milenios de antigüedad, caracterizado por la presencia de dos canales concéntricos rodeados por el río Bolo y el zanjón Zumbaculo, en cuyo interior se localizó el terraplén que contenía el cementerio, infortunadamente saqueado (Cardale et al., 2000).

Por otro lado, los cronistas no se interesaron en las prácticas funerarias del pueblo común, que por su sencillez son más fáciles de localizar, de ahí que su reconstrucción corresponde básicamente a los trabajos arqueológicos.

## 2.2. Los estudios antropológicos

El interés por la muerte, las concepciones sobre el alma y las costumbres funerarias ha sido parte integral del desarrollo teórico de la antropología desde sus inicios, y a partir de los años 70 esta atracción se ha incrementado en lo concerniente al estudio etnográfico de las concepciones y rituales de muerte en sociedades indígenas latinoamericanas (Cipolleni, Langdon, 1992:3). En el ámbito arqueológico el estudio de las prácticas funerarias ha aportado valiosa información para abordar la problemática del mundo de los vivos, su cambio sociocultural, las condiciones de vida y las adaptaciones medioambientales, especialmente desde la perspectiva mesoamericana de los sacrificios humanos (Ruz, 1991; González, 1994), de la Arqueología Social soviética (Aliokshin, 1986) y la Arqueología Funeraria o de la Muerte (Binford, 1972; O’Shea, 1985; Chapa, 1991; Mata, 1993; Vicent, 1995; Boada, 2000).

Desde la perspectiva arqueológica la problemática de las costumbres funerarias vallecaucanas ha sido una constante (Ford, 1944), particularmente a partir de los años 80 cuando investigadores del entonces Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas (INCIVA) iniciaron los proyectos de “Costumbres funerarias” en el curso alto del río Calima (Rodríguez CA, Salgado, 1990) y en el norte del Valle (Guacarí, Buga), particularmente en la zona de influencia Quimbaya tardío (Rodríguez CA, 1985, 1994, 1996, 1997; Cuenca, Rey, 1996). El megaproyecto Gasoducto de Occidente dio origen a una serie de rescates arqueológicos que incluyeron varios yacimientos funerarios por todo el valle del río Cauca (Obando, Bugalagrande, Tuluá, Palmira) demostrándose que esta región había sido densamente poblada en épocas prehispánicas (Rodríguez CA, 1996a,b, 1997; Bernal, 1997). Otros proyectos de rescate en Cali (Blanco, 1997; Rodríguez CA, et al., 2000) y Yumbo (Rodríguez CA, et al., 2002) evidenciaron la existencia de tumbas con profundos pozos y amplias cámaras para enterramientos colectivos. Desde la década de lo 90 el municipio de Palmira se constituye como la región con mayor cantidad de cementerios prehispánicos, tanto de períodos tempranos de cerca de 2.000 años de antigüedad como Malagana (Botiva et al., 1991; Cardale et al., 1995, 1999), Coronado (Herrera, Cardale, 1999; Blanco et al., 1999; Cabal, 2004), Santa Bárbara (Blanco, 2002), Estadio del Deportivo Cali (Blanco, 2004), El Sembrador (Blanco et al., 2005.), al igual que tardíos como Corpoica (Rodríguez CA, 1997) y Cantaclaro (Rodríguez, 2005).

De estos trabajos se desprende que las costumbres funerarias de la población prehispánica de esta región constituyeron una parte importante del quehacer ritual de las comunidades antiguas, y que representan una fuente inagotable de información sobre aspectos biológicos, culturales, ideológicos, medioambientales, políticos y sociales (Rodríguez, 2005). Infortunadamente la extinción de las comunidades indígenas, el proceso de mestizaje y la falta de una identidad cultural que se apropie del pasado aborígen como algo integral de la historia local ha conducido a la destrucción de vastos cementerios como Malagana, Cantaclaro y otros en la región Calima.

En este ámbito el municipio de El Cerrito permanecía desconocido en el contexto de las prácticas funerarias prehispánicas, de ahí que la información sobre la existencia de un cementerio con características similares a Malagana despertó la atención del INCIVA, entidad que inició el rescate de este yacimiento conjuntamente con docentes y estudiantes del Dpto. de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia.